

El extraño país

Oscurecía, cuando le pregunté: “¿Qué país extraño es éste a que he llegado?”

Bajó los ojos por toda respuesta, y, mientras se iba andando, el agua glugleaba en el cuello de su cántaro.

Los árboles penden vagamente sobre la ribera, y se ve la tierra como si ya perteneciese a lo pasado. El agua está muda, los bambúes callan oscuros; una ajorca tintinea contra un cántaro, allá abajo, en la vereda.

—No remes más, áta la barca a ese árbol, que me gusta esta tierra.

La estrella vespertina se pone tras la cúpula del templo y la palidez del mármol del embarcadero ronda el agua negra. La luz de las ventanas escondidas, que da, astillada por los árboles del camino, en la oscuridad, hace suspirar a los caminantes tardíos; y, allá abajo, en la vereda, la ajorca tintinea todavía contra el cántaro y los pasos que se van susurran entre las hojas.

La noche es ya profunda, las torres del palacio se yerguen espectrales, y el pueblo zumbaba fatigado.

—No remes más; amárra la barca a un árbol, que voy a descansar en este país extraño que yace vagamente bajo las estrellas, donde la oscuridad palpita con el tintineo de una ajorca que va tocando contra un cántaro.

La noche

¡Noche, noche velada, hazme tu poeta! Déjame entonar las canciones de todòs los que, por siglos de siglos, se han sentado en silencio a tu sombra! ¡Súbeme en tu carro sin ruedas, que corre silencioso de mundo a mundo, tú, reina del palacio del tiempo, la oscuramente hermosa!

¡Cuánto entendimiento afanoso ha penetrado mudo en tu patio, y ha bajado por tu casa sin lámpara preguntándote! ¡Qué de corazones que la mano de lo desconocido pasó con la flecha de la alegría, han estallado en cánticos que sacudían tu sombra hasta sus cimientos!

¡Házme, Noche, el poeta de esas almas despiertas que contemplan maravilladas, a la luz de las estrellas, el tesoro que han encontrado de repente: el poeta de tu silencio insondable, Noche!

RABINDRANATH TAGORE

